

LA MUJER DE MI MARIDO

JANE CORRY


ESPASA

JANE CORRY

LA MUJER DE MI MARIDO

Traducción de Santiago del Rey



Título original: *My Husband's Wife*

© Jane Corry, 2016

Publicado originalmente en inglés por Penguin Books Ltd, London

© por la traducción, Santiago del Rey, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

© Espasa Libros, S. L. U., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2018

ISBN: 978-84-670-5320-3

Depósito legal: B. 16.294-2018

Composición: Pleca digital, S. L. U.

Impresión y encuadernación: Rotapapel

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

1

Lily

Finales de septiembre de 2000

—¿Nerviosa? —pregunta Ed.

Está sirviéndose sus cereales favoritos. Rice Krispies. A mí por lo general también me gustan. (Crujientes, sin leche.) De niña, estaba obsesionada con las figuras con cara de elfo que hay en el paquete; y esa magia no se ha desvanecido del todo.

Pero hoy no tengo estómago para comer nada.

—¿Nerviosa? —repito mientras me pongo los pendientes de perlas ante el espejito que hay junto al lavamanos. Nuestro apartamento es pequeño. Hubo que hacer concesiones.

«¿Por qué, nerviosa?», estoy a punto de añadir. Quizá por ser el primer día de nuestra vida de casados. De vida matrimonial propiamente dicha, en el primer año de un nuevo siglo. O quizá porque deberíamos habernos tomado más tiempo para encontrar un apartamento mejor, y no uno en la parte mala de Clapham, con un vecino borracho en el mismo rellano. Tiene un dormitorio y un baño tan diminutos que mi único tubo de base de maquillaje (beige suave) y mis dos barras de labios (rosado y rojo rubí) se apretujan juntos en el cajón de los cubiertos.

¿O nerviosa por la perspectiva de volver al trabajo tras nuestra luna de miel en Italia? Una semana en Sicilia, vacian-

do botellas de Marsala y zampano sardinas asadas y lonchas de queso pecorino en un hotel pagado por la abuela de Ed.

Quizá estoy nerviosa por todas estas cosas.

En general, me encanta mi trabajo. Hasta hace poco estaba en derecho laboral ayudando a gente —mujeres, sobre todo— que había sido despedida de forma injusta. Defendiendo a los desvalidos. Así soy yo. Estuve a punto de hacerme asistente social como papá, pero gracias al empeño de una profesora de orientación del colegio y, digamos, a ciertos hechos ocurridos en mi vida, aquí estoy, convertida en una abogada recién licenciada de veinticinco años con un sueldo mínimo. Luchando para abrocharme el botón de atrás de mi falda azul marino. Nadie lleva colores vistosos en un bufete de abogados, aparte de las secretarias. Envía un mensaje equivocado; o eso me dijeron cuando empecé. La abogada puede ser una gran profesión, pero a veces parece ridículamente anticuada.

—Vamos a trasladarte a Criminal —me anunció mi jefe, a modo de regalo de boda—. Creemos que se te dará bien.

Así que ahora, el primer día después de nuestra luna de miel, me estoy preparando para ir a la cárcel. Para ver a un hombre acusado de asesinato. Nunca he entrado en una prisión. Ni ganas. Es un mundo desconocido para mí. Un mundo reservado para quienes se han portado mal. Y yo soy la clase de persona que se apresura a volver al quiosco si me dan una moneda de más en el cambio cuando compro un ejemplar de *Cosmopolitan*.

Ed ahora está dibujando. Con la cabeza un poco inclinada hacia la izquierda, trabaja en un bloc junto a sus cereales. Mi marido siempre está dibujando. Fue una de las primeras cosas que me atrajeron de él. «Publicidad —dijo, encogiéndose de hombros con tristeza cuando le pregunté a qué se dedicaba—. En la parte creativa. Pero un día seré pintor a tiempo completo. Esto es sólo temporal, para pagar las facturas.»

Eso me gustó. Un hombre que sabía adónde iba. Aunque, en cierto sentido, me equivocaba. Cuando está dibujando o pintando, Ed no sabe en qué planeta está. Ahora mismo, incluso se le ha olvidado que me ha hecho una pregunta. Pero para mí es importante responderla enseguida.

—¿Nerviosa? No, no estoy nerviosa.

Mueve la cabeza, como asintiendo, pero no estoy segura de que me haya oído. Cuando Ed está concentrado, el resto del mundo no importa. Ni siquiera mi mentirijilla.

¿Por qué, me pregunto mientras cojo su mano izquierda —la mano con la reluciente alianza de oro—, no le explico cómo me siento de verdad? ¿Por qué no le confieso que tengo náuseas y que necesito volver al baño, aunque acabo de salir de allí? ¿Es porque quiero fingir que nuestra semana lejos del mundo todavía existe en el presente, y no sólo entre los recuerdos que nos hemos traído de Italia, como ese precioso plato azul y rosa que Ed está dibujando ahora con más detalle?

¿O es porque pretendo fingir que no estoy aterrorizada por lo que me espera esta mañana? Me recorre un escalofrío mientras me echo Chanel n.º 5 del *duty-free* en el interior de ambas muñecas. (Un regalo de Ed pagado con otro cheque-regalo de boda.) El mes pasado, un abogado de una firma rival recibió una puñalada en cada pulmón cuando fue a ver a un cliente a Wandsworth. Son cosas que pasan.

—Venga —digo con una voz más ronca de lo normal a causa de la angustia—. Vamos a llegar tarde los dos.

De mala gana, Ed se levanta de la inestable silla que dejó el anterior inquilino. Mi recién estrenado marido es un hombre alto y larguirucho, con una forma de andar pesarosa, como si prefiriese estar en otra parte. De niño, al parecer, tenía el pelo tan rubio como el mío («Supimos que eras una “Lily” nada más verte», ha dicho siempre mi madre), pero se le ha vuelto de color ceniza. Y tiene unos dedos gruesos que no se corresponden para nada con los de un artista, como ansía ser.

Todos necesitamos nuestros sueños. Se supone que las Lilies son hermosas. Elegantes. Yo tengo buena pinta del top para arriba, gracias a mi pelo rubio natural y a lo que mi difunta abuela llamaba amablemente «cuello de cisne». Pero si miras para abajo, lo que te encuentras es un resto de adiposidad infantil, y no un talle esbelto. Por mucho que me esfuerce, estoy atascada en la talla 44; y eso con suerte. Ya sé que no debería importarme. Ed dice que mi complexión es «parte de mí». Lo dice con buena intención. Supongo. Pero la verdad es que mi peso me preocupa. Siempre me ha preocupado.

Mientras salimos, mis ojos se detienen en el montón de felicitaciones de boda apoyadas contra el tocadiscos de Ed. Señor y señora Macdonald. El nombre me resulta muy extraño.

«Señora de Ed Macdonald.»

«Lily Macdonald.»

Me he pasado una eternidad intentando perfeccionar mi firma, ligando el rabo de la «y» con la «M», pero todavía no acaba de resultar. Los dos nombres no encajan tan bien. Espero que no sea una mala señal.

Por otro lado, cada tarjeta de felicitación requiere una carta de agradecimiento, a más tardar a finales de esta semana. Si algo me ha enseñado mi madre es educación.

Una de las felicitaciones está firmada con un garabato especialmente llamativo en tinta turquesa. «Davina fue novia mía —me explicó Ed antes de que ella se presentara en nuestra fiesta de compromiso—. Pero ahora sólo somos amigos.»

Pienso en ella, en su risotada caballuna y en esos mechones con tonos castaños y rojizos ondulados con todo cuidado que le dan el aire de una modelo prerrafaelita. Davina, que trabaja en Events organizando fiestas a las que asisten todas las «chicas guapas». Davina, que entornó sus ojos de color violeta cuando nos presentaron, como preguntándo-

se por qué se interesaba Ed por esa chica demasiado alta y demasiado rolliza, y de pelo alborotado, cuya imagen veo cada día en el espejo.

¿Es posible que un hombre y una mujer sean amigos cuando se ha terminado la relación?

Decido que dejaré para lo último la carta de agradecimiento a mi predecesora. Ed se ha casado conmigo, no con ella, me recuerdo a mí misma.

La cálida mano de mi recién estrenado marido estrecha la mía, como si percibiera que necesito un poco de ánimo.

—Todo irá bien, ya verás.

Por un instante, me pregunto si se refiere a nuestro matrimonio. Y luego lo recuerdo: mi primer cliente criminal. Joe Thomas.

—Gracias. —Es reconfortante que Ed no se haya dejado engañar por mis fanfarronadas de antes. Y preocupante también.

Cerramos juntos la puerta principal y, tras revisarla dos veces porque aún nos resulta extraña, recorremos a paso ligero el pasillo de la planta baja hacia la salida del bloque de apartamentos. Mientras lo cruzamos, se abre otra puerta y aparece, acompañada por su madre, una niña con el pelo largo, oscuro y reluciente que oscila en una coleta. Ya las he visto otras veces, pero cuando digo «hola», no responden. Ambas tienen una preciosa piel olivácea, y caminan con tanta gracia que casi parece que vayan flotando.

Salimos todos al fresco aire otoñal. Los cuatro vamos en la misma dirección, pero la madre y la hija se han adelantado un poco porque Ed está dibujando algo en su bloc mientras caminamos. Parecen copias al carbón la una de la otra, me digo al mirarlas, con la diferencia de que la mujer lleva una falda negra demasiado corta y la niña (que gimotea por algún motivo), en cambio, va con un uniforme azul marino. Cuando tengamos hijos, pienso, les enseñaremos a no gimotear.

Me estremezco cuando nos acercamos a la parada: el pálido sol otoñal es muy distinto del calor ardiente de la luna de miel. Pero es la perspectiva de nuestra separación lo que me oprime el pecho. Tras una semana de unión constante, la idea de resistir ocho horas sin mi recién estrenado marido es casi espeluznante.

Lo cual me inquieta. No hace tanto tiempo, yo era una persona independiente. Satisfecha con mi propia compañía. Pero desde que Ed y yo empezamos a hablar en aquella fiesta hace seis meses (¡sólo seis meses!), me he sentido fortalecida y debilitada a la vez.

Nos detenemos. Me preparo para lo inevitable. Mi autobús va en una dirección. El suyo, en la otra. Ed se dirige a la empresa de publicidad donde se pasa el día inventando eslóganes para que la gente compre cosas que jamás había tenido la intención de comprar.

Y yo me dirijo a la prisión con mi traje azul marino y mi impecable bronceado.

—No será tan intimidante una vez que estés allí —me dice mi marido para animarme. ¡Nunca había creído que pronunciaría esta palabra!

Y me besa en la boca. Sabe a Rice Krispies y a ese dentífrico suyo tan fuerte al que todavía no me he habituado.

—Ya lo sé —le digo antes de que él se aleje hacia la parada de la acera de enfrente.

(Ya tiene los ojos fijos en el roble de la esquina, en su color y en su forma peculiar.)

Son dos mentiras. Dos mentirijillas destinadas a tranquilizarnos mutuamente.

Pero así empiezan algunas mentiras. Simples mentirijillas. Bienintencionadas. Hasta que se vuelven demasiado gordas y ya no hay modo de manejarlas.

2

Carla

—¿Por qué? —gimoteó Carla, que iba rezagada y tiraba de la mano de su madre en un intento de detener ese avance constante y decidido hacia el colegio—. ¿Por qué tengo que ir?

Si seguía armando alboroto, su madre se daría por vencida de puro agotamiento. La semana pasada había funcionado, aunque eso fue el día de su santo. Mamá estaba más llorosa de lo normal. Los cumpleaños y los santos, así como las Navidades y la Pascua, le producían siempre ese efecto.

—¡Cómo ha pasado el tiempo! —gemía mamá en tales ocasiones, con ese fuerte acento suyo que la distinguía tanto de las madres de sus compañeros—. Nueve años y medio sin tu padre. Nueve largos años.

Porque, hasta donde le alcanzaba la memoria, Carla siempre había sabido que su padre estaba en el cielo con los angelitos. Y todo porque había roto una promesa cuando ella había nacido.

Una vez preguntó qué clase de promesa había roto.

—Era una de esas cosas que no se pueden arreglar —le contestó mamá, sorbiéndose la nariz.

Como la preciosa taza azul de asa dorada, pensó Carla. La otra semana se le había escurrido de las manos cuando se ofreció a secar los platos. Mamá se había echado a llorar porque esa taza la habían traído de Italia.

Era una pena que papá estuviera con los angelitos. Pero ¡todavía tenía a mamá! Una vez, en el autobús, un hombre

las había tomado por hermanas. Mamá se había echado a reír. «Sólo quería halagarme», le había dicho con las mejillas coloradas. Pero luego, como un favor especial, le había dejado que se quedara levantada hasta más tarde. Lo cual le enseñó que cuando mamá estaba muy contenta era el momento ideal para pedirle algo.

También funcionaba si ella estaba triste.

Como ahora. El comienzo de un nuevo siglo. Eso lo habían estudiado con todo detalle en el colegio.

Desde que había empezado el curso, Carla se moría por tener un estuche con forma de oruga y de suave peluche verde, como todo el mundo en el colegio. Así dejarían de burlarse de ella. Ser diferente era malo. Diferente quería decir ser más bajita que todos sus compañeros de clase. «¡Canija!» (Una palabra rara que no estaba en el *Diccionario para niños* que su madre le había comprado, tras mucho insistir, en la tienda de segunda mano de la esquina.) Diferente quería decir tener las cejas negras y tupidas. «¡Peluda!» Diferente quería decir llamarse como no se llamaba nadie.

Carla Cavoletti.

O «Espagoletti», como le decían los demás niños.

«¡Carla *Peluda* Espagoletti!»

—¿Por qué no podemos quedarnos hoy en casa? —continuó. «En nuestra casa de verdad», estuvo a punto de añadir. No en la casa de Italia, de la que mamá hablaba continuamente y que ella nunca había visto.

Cuando pasó la vecina del pelo dorado lanzándole una mirada de desaprobación, se detuvo un instante.

Carla conocía esa mirada. Era la misma que le dirigían los profes del cole cuando no se sabía la tabla de multiplicar. «A mí tampoco se me dan bien los números —decía mamá con desdén cuando le pedía que la ayudara a hacer los deberes—. Tampoco importa, siempre y cuando no comas muchos pasteles y te pongas gorda. A las mujeres como nosotras nos basta con ser guapas.»

El hombre del coche reluciente y del gran sombrero marrón siempre estaba diciéndole a mamá que era guapa.

Cuando él iba de visita, mamá nunca lloraba. Se soltaba sus largos rizos oscuros, se rociaba con su perfume favorito, Apple Blossom, y sus ojos saltaban de alegría. Sonaba música en el tocadiscos y los tres bailaban dando fuertes taconazos en el suelo, aunque a Carla no la dejaban bailar mucho rato.

—A la cama, *cara mia* —canturreaba mamá.

Y entonces Carla tenía que dejar que su madre y el invitado siguieran taconeando solos por la diminuta sala de estar, bajo la severa mirada de los abuelos y parientes italianos cuyos retratos cubrían las paredes agrietadas. A veces, esas caras gélidas se le aparecían en sueños, en esas pesadillas que interrumpían el baile y ponían a mamá de muy mal humor. «Ya eres demasiado mayor para esos sueños. No debes preocuparte por Larry y por mí.»

No hacía mucho, Carla había tenido que preparar un trabajo escolar titulado «Mi mamá y mi papá». Al volver a casa llena de entusiasmo, su madre había chasqueado la lengua unas cuantas veces y había acabado sollozando con la cabeza sobre la encimera de la cocina. «Tengo que llevar un objeto para el mural de la clase —había insistido Carla—. No puedo ser la única que no lleve nada.»

Finalmente, mamá había descolgado de la pared la foto de ese hombre tieso, con camisa blanca y mirada estricta. «Llevarás la foto del abuelo», anunció con una voz ahogada, como si se le hubiera atascado un caramelo duro en la garganta. A Carla le encantaban los caramelos duros. A veces, el hombre del coche reluciente le llevaba unos cuantos en una bolsa de papel blanco. Pero a ella se le pegaban en la mano y luego tenía que pasarse horas lavándoselas.

Carla había sujetado la fotografía con veneración.

—¿Es mi abuelo?

Ella ya conocía la respuesta. Mamá se lo había dicho mu-

chas veces. Pero era bueno saberlo, asegurarse una vez más de que tenía un abuelo como sus compañeros, aunque el suyo viviera muy lejos, en las montañas junto a Florencia, y nunca respondiera a las cartas.

Su madre había envuelto la fotografía en un pañuelo de seda roja y naranja que olía a naftalina. Ella aguardó con impaciencia el momento de llevarla al colegio.

—Éste es mi *nonno* —había anunciado con orgullo.

Pero todos se habían puesto a reír.

—*Nonno, nonno* —había coreado un niño—. ¿Por qué no tienes un abuelo como todos? ¿Y dónde está tu padre?

Eso había ocurrido justo antes de su santo, cuando había logrado convencer a su madre para que llamara al trabajo y dijera que estaba enferma. ¡Uno de los mejores días de su vida! Se habían ido de pícnic a un sitio llamado Hyde Park, y mamá le había cantado canciones y le había hablado de cuando ella era niña y vivía en Italia.

—Mis hermanos me llevaban a nadar —le había explicado con voz soñadora—. A veces pescábamos un pez para la cena y luego cantábamos y bailábamos, y bebíamos vino.

Carla, ebria de alegría por haberse librado del cole, la escuchaba atentamente y se iba enrollando alrededor del mechón un mechón del pelo de su madre.

—¿Y papá también estaba allí?

Los ojos oscuros de mamá de golpe habían cesado de bailar.

—No, pequeña. Él no estaba —le respondió, empezando a recoger el termo y el queso del mantel de cuadros rojos—. Venga. Hemos de volver a casa.

De repente, había dejado de ser el mejor día de su vida.

Ese día tampoco prometía. Iba a haber un examen a primera hora, les había advertido la profesora. Mates y ortografía. Las peores materias para ella. Carla apretó con más fuerza la mano de su madre cuando se acercaron a la parada del bus.

—Quizá seas bajita para tu edad —le había dicho el hombre del coche reluciente la otra noche, cuando ella se resistió a irse a la cama temprano—, pero eres muy decidida, ¿verdad?

«¿Por qué no?», había estado a punto de replicar.

—Tienes que ser amable con Larry —le decía siempre mamá—. Sin él, no podríamos vivir aquí.

—¿Podemos quedarnos en casa las dos? ¿Por favor? —le suplicó ahora.

Pero mamá no estaba para historias.

—Tengo que trabajar.

—Pero ¿por qué? Larry lo entenderá si no puedes ir a almorzar con él.

Normalmente, no lo llamaba por su nombre. Prefería llamarlo sólo «el hombre del coche reluciente». Así no acababa de formar parte de su vida.

Mamá dobló la esquina y a punto estuvo de chocar con la farola. Durante un instante, pareció casi furiosa.

—Porque aún me queda orgullo, pequeña —respondió con los ojos encendidos—. Y, además, me gusta mi trabajo.

El trabajo de mamá era muy importante. Tenía que hacer que las mujeres poco agraciadas parecieran guapas. Trabajaba en una tienda enorme donde vendían pintalabios, rímel y lociones especiales que te dejaban la piel de un «beige precioso» o un «blanco melancólico», o algo a medio camino entre ambas cosas, dependiendo de tu tez. A veces, mamá le llevaba muestras a casa y la maquillaba de tal modo que parecía mucho mayor de lo que era. Había que aprender a ponerse guapa. Algún día también encontraría a un hombre con un coche reluciente que bailarían con ella en la sala de estar.

Así era como mamá había encontrado a Larry. Ella estaba aquel día en el mostrador de la perfumería porque otra de las empleadas se había puesto enferma. Lo cual no dejaba de ser una suerte, le había dicho mamá, porque le permitía a una ofrecerse para ocupar el puesto. Larry había entra-

do para comprarle a su esposa un perfume. Ella también estaba enferma. Y mamá ahora le estaba haciendo un favor a la esposa porque había vuelto a hacer feliz a Larry. Y él era bueno con Carla, ¿no? Le llevaba caramelos en cada visita.

Sin embargo, mientras seguían caminando hacia la parada del autobús, donde esperaba la mujer del pelo dorado (la vecina que, según decía mamá, debía de comer demasiados pasteles), Carla quería algo más que unos caramelos.

—¿Puedo pedirle a Larry un estuche-oruga?

—No. —Mamá hizo un gesto taxativo con sus largos brazos y sus uñas pintadas de rojo—. Ni hablar.

No era justo. Carla acariciaba el estuche en su imaginación, y casi sentía su tacto mullido. Casi oía la vocecita de la oruga: «He de ser tuya. Y entonces caeremos bien a todo el mundo. Vamos, Carla. Seguro que encuentras la manera de tenerme».